

jueves, 16 de agosto de 2007

opinión

ERNESTO ESCAPA

Amor peninsular

Cuando el escritor portugués Miguel Torga (1907-1995) pasó por León, en septiembre de 1951, recibió de la ciudad una impresión muy diferente a la gran mortaja de rastros que le iba pareciendo el resto del país. «Un claro de lógica en un espeso bosque de absurdos», anotó en su 'Diario', uno de los grandes libros del pasado siglo. Torga era el seudónimo de Adolfo Rocha, un oscuro otorrino de Coimbra acechado por la dictadura salazarista. El domingo se cumplió el centenario de su nacimiento en una aldea de Tras Os Montes, la comarca portuguesa cuya anexión reclama este verano con pundonor el concejo de los leonesistas. El escritor escogió su sobrenombre literario con especial intención: Miguel, por Cervantes y Unamuno; Torga, por las urces que colonizan los montes de su tierra. En León torga significa otra cosa, quizá más sugerente. Es la presa o retén que se forma con tapines y tierra húmeda para desviar el agua de una reguera.

En la comarca portuguesa de Tras Os Montes no es infrecuente la pervivencia de palabras nuestras, como advirtió Saramago en su 'Viaje a Portugal'. La Constitución de Abril consagró la cooficialidad en este territorio del mirandés, una reliquia dialectal del leonés. Apenas cruzada la frontera, topó Saramago con el río Fresno, que bordea a Miranda do Douro, y más tarde con la palaciega villa de Almendra, en el valle del Coa. Y repartidos por las lombas, tantos negrillos que sombrearon la prosa de Torga antes de que los masacrara la implacable grafiosis. El negrillo es el olmo de los castellanos, su árbol totémico. En realidad, la tortuosa garganta del Douro fue el corazón de roble machadiano que bombeó influencias de nuestra tierra. Con un poco más de instrucción los chicos del pavero leonesista sacarían partido de esta hermandad para vindicaciones de más fuste. Aunque algunas contradigan el pastel solariego de un León solo.

Aguas abajo del Douro se encuentran la corte de Ansiaes, donde una placa inaugurada por Soares recuerda a nuestros reyes medievales, y los refugios diocesanos que ampararon el exilio de los comuneros, entre ellos el alcalde de León Ramiro Núñez de Guzmán. De todo este universo tramontano se nutre la obra de Torga, que constituye uno de los monumentos literarios del siglo veinte. Sus títulos más significativos se inscriben en la autobiografía o apelan al iberismo, un anhelo de hermandad entre portugueses y españoles removido este verano por Saramago y puesto en cuestión por «media docena de contables». Los lectores de Torga en castellano tenemos el privilegio de contar con una triada de sucesivas y magníficas traductoras: la depurada María Josefa Canellada, la espadañista Pilar Vázquez Cuesta y la modélica Eloísa Álvarez. Su cumbre la alcanzó con el memorial 'La creación del mundo', una novela testamentaria cuyos claroscuros ilumina la selección del 'Diario'. Para el segundo plato, los relatos de 'Bichos' y 'Cuentos de la Montaña'. De picoteo, su misceláneo 'Portugal'. Y como postre, los 'Poemas ibéricos'.